

Algunas frases

(Fragmento de un trabajo inédito.)

El quijotismo es una locura fecunda, fuerza propulsora de los hechos más hazañosos de los hombres. En la república humana, son los quijotes quienes abren toda brecha donde se arriesgue la vida. Los Sanchos, de natural medroso y conservador, vienen detrás y se reducen a conservar esa brecha abierta y expedita. Sanchismo y quijotismo son dos potencias que deben equilibrarse. Las sociedades marchan a paso firme mientras este equilibrio no se quebranta. Pero si este equilibrio se quebranta, si llega, por ejemplo, a dominar el sanchismo, como ocurrió seguramente en Cartago, los pueblos se disuelven en el tiempo, lo mismo que filisteos anónimos, sin dejar en la historia más que una página indefinida y borrosa. Mas si es el quijotismo el elemento que se superpone, como aconteció, según opinamos, en la América latina, viven los pueblos tambaleantes, pobres, inseguros, y no dejan en la historia más que un largo capítulo de querellas sangrientas.

El quijotismo ha prosperado en todos los tiempos y en todos los climas. Diríase, sin embargo, que algunas tierras le son singularmente propicias. Ahí están, para probarlo, las llanuras pardas y resacas de la Mancha, llanuras que al parecer tienen la virtud de espiritualizar hombres y cosas. Fueron, por eso, asiento de ciudades adormiladas, que levantaban hacia las estrellas sus campanarios católicos y sus foscos torreones y sus almenajes medioevales. Rico vivero de quijotes, prolífica patria de hidalgos, de aventureros, de pícaros, de capitanes, de místicos y de santos.

El descubrimiento de América y la conquista, fueron obra exclusiva del caballerismo andante de la Iberia. Mientras los escuderos se quedaban en la península, aquietados como el agua lacustre, y vegetaban en el sosiego rutinario de sus vidas, mercedando sin mayores premuras en sus tiendas, o labrando los cotos diminutos y agotados, con la suma paciencia de aquel «senex Corycius» de las Geórgicas, o vigilando reposadamente la multiplicación de los patos, hormigueaba el quijotismo en el puerto de Palos y con el ánimo sedienta de renombre, de riquezas y de mando, tomaba puesto en las carabelas conquistadoras. Mar afuera, tendido el velamen que se amofletaba embolsando vientos favorables, iban las quillas rastreando las estelas colombinas, rumbo a las Indias alucinantes.

CARMELO M. BONET.